

EL SIGLO SOVIÉTICO

¿Qué sucedió realmente
en la Unión Soviética?

Moshe Lewin



CRÍTICA

MOSHE LEWIN

EL SIGLO
SOVIÉTICO

¿Qué sucedió realmente
en la Unión Soviética?

Edición
de Gregory Elliott

Traducción castellana
de Ferran Esteve

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2006

Primera edición en esta nueva presentación: febrero de 2017

El siglo soviético

Moshe Lewin

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Soviet Century*

© Michael Levine, 2005

© de la traducción, Ferran Esteve, 2006

© Editorial Planeta S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-53-0

Depósito legal: B. 888 - 2017

2017. Impreso y encuadernado en España por Book Print Digital

Índice

Prefacio	7
Introducción	11

PRIMERA PARTE UN RÉGIMEN Y SU PSIQUE

Introducción	21
1. Stalin sabe lo que quiere... Y lo está consiguiendo	25
2. «Autonomización versus Federación» (1922-1923)	33
3. De cuadros a herejes	48
4. El Partido y sus aparatos	56
5. Flujo social y «paranoia sistémica»	72
6. El impacto de la colectivización	89
7. Entre la legalidad y la bacanal	98
8. ¿Cómo gobernó Stalin?	111
9. Las purgas y sus «razones»	123
10. La dimensión de las purgas	138
11. Los campos y el imperio industrial del NKVD	147
12. El final	164
13. ¿Despotismo agrario?	184

SEGUNDA PARTE
LOS AÑOS SESENTA EN ADELANTE:
DE UN NUEVO MODELO A UN NUEVO *IMPASSE*

14. «Epur, si muove!»	195
15. El KGB y la oposición política	226
16. La avalancha de la urbanización	255
17. Los «administradores»: una clase tocada pero pujante ...	274
18. Algunos líderes	297
19. Kosigin y Andropov	311

TERCERA PARTE
EL SIGLO SOVIÉTICO:
RUSIA EN SU CONTEXTO HISTÓRICO

20. El tiempo y los mundos de Lenin	339
21. Atraso y recaída	364
22. Una modernidad <i>sui generis</i>	386
23. Éxitos y fracasos de la urbanización	395
24. El problema de la mano de obra y de la demografía ...	416
25. El laberinto burocrático	426
26. ¿Luces y sombras?	450
27. ¿Qué fue el sistema soviético?	469
Glosario de términos rusos	485
Apéndices	489
Nota sobre las fuentes y las referencias	499
Índice onomástico	501

1

Stalin sabe lo que quiere... Y lo está consiguiendo

Stalin murió hace unos cincuenta años. En este tiempo, han salido a la luz nuevas fuentes y se están preparando obras extraordinarias sobre el personaje. No obstante, y a pesar de todo el caudal de información, sigue siendo complicado hacerse una idea atinada de él en tanto los informes y las declaraciones de testigos de primera mano nos ofrecen imágenes e instantáneas contradictorias. Los hay que presentan a un líder práctico, bien informado, a menudo educado e incluso benevolente; en otras palabras, Stalin era un estadista sensato. Otros lo retratan como un estratega frío y manipulador. Otros, por su parte, lo describen como un personaje obsesionado con el poder, que no confiaba en nada ni en nadie, un monstruo iracundo y vengativo que apenas podía contener sus estallidos de furia; o, peor aún, un loco caprichoso convencido de que las masacres que cometió fueron su mayor aportación política. ¿Era Stalin un histrión en el gran teatro del mundo o un dirigente hábil? Muchos consideran que no era sino una figura patética que lo echó todo a perder. ¿Tenía talento, genio incluso, por perverso que fuera? ¿O era un personaje de una mediocridad vulgar y malvada?

Esta imagen caleidoscópica se complica más si cabe en tanto los observadores que se han pronunciado sobre el particular en unas circunstancias determinadas han modificado sus opiniones al poder estudiar al mismo hombre en diferentes entornos.

Tales opiniones radicalmente opuestas, que reflejan en ocasiones

la realidad y la naturaleza de Stalin, son desconcertantes. Sin embargo, comoquiera que nos las vemos con una figura conocida por calcular hasta el último detalle sus apariciones, no sería ilógico concluir que Stalin era Stalin en todas las caras de este poliedro que vieron proyectado ante sí los observadores. Sea como fuere, no podemos pasar por alto lo obvio: el fenómeno tuvo un principio y un fin, dictado no sólo por el hecho banal de la muerte, sino también porque la aberración del sistema que sufrió la URSS bajo el dominio de Stalin tenía sus límites naturales. Esto nos obliga a reubicar a Stalin en el momento histórico en el que surgió, en la historia a la que contribuyó y de la que se esfumó tras fallecer de muerte natural. Este camino, tortuoso, sangriento, intensamente dramático y profundamente personal, fue también uno de los componentes de dicho contexto histórico: fue también, dicho con otras palabras, un producto impersonal. Iluminaremos en esta parte algunos de estos aspectos; otros quedarán para la tercera.

Conviene empezar preguntándonos por lo que, habitualmente, se considera indiscutible. Stalin era miembro del partido bolchevique, un leninista más en el seno de la cúpula. O eso parecía. Perteneció a los círculos de poder, fue miembro del Comité Central y, más tarde, del Politburó. Estuvo al servicio de Lenin, fundamentalmente durante la guerra civil, en diferentes misiones especiales. Y aun así, Stalin era, intelectual y políticamente, diferente de la mayoría de las figuras históricas del movimiento bolchevique. El resto de líderes bolcheviques eran, en su mayoría, analistas políticos, buenos conocedores de Occidente porque habían vivido ahí. Más «europeos», más fáciles de «descifrar», les interesaban las cuestiones teóricas y su capacidad intelectual era superior a la de Stalin, un personaje menos formado y con una escasa experiencia en lo referente al mundo exterior, capaz sin embargo de llevar la voz cantante en una discusión o de presentar un argumento aunque no fuera un orador. Un tipo reservado, de un egoísmo extraordinario, cauto y maquinador. Tan sólo, y ni siquiera así, su propio sentido de grandeza, que sus allegados tenían que admitir una y otra vez, podía saciar un ego tan a flor de piel.

Stalin veía la obtención del poder personal como la manera más segura de obligar a otros a doblegarse ante él. A pesar de su alto rango (ingresó en el Politburó en 1919, el año de su creación), no sólo Lenin y Trotski, los dos líderes de más envergadura, lo eclipsaron, sino también una pléyade de tipos que no eran conscientes, y tampon-

co se lo podían imaginar, de que un día acabarían cediendo ante él. Stalin compensó esta relativa inferioridad poniendo en marcha sus propias fantasías de grandeza y arrogándose un papel mucho más importante del que realmente desempeñaba, y lo hizo rodeándose de un grupo de acólitos y sicofantes insignificantes, como Voroshilov o Budenni, el capaz pero ordinario Ordzhonikidze, el hábil y jovencísimo Mikoyan y, algo más tarde, Molotov, que sería, posiblemente sin darse cuenta en un primer momento, el principal apoyo del dictador en el futuro, y el sumo sacerdote del culto a la personalidad.

Estos rasgos característicos de una personalidad sumamente autoritaria se manifestaron abiertamente durante la guerra civil, un episodio que tuvo un gran peso a la hora de consolidar la visión que Stalin tenía del nuevo Estado que habría de surgir de la contienda y de cómo había que gobernarlo. También había en dichas ideas una cierta urgencia psicológica por engrandecer la propia imagen. En pocas palabras, resulta sorprendente la diferencia entre su personalidad y lo que sabemos del resto de miembros de la «vieja guardia», incluido Lenin. El mundo de Stalin respondía, inicialmente, a las tradiciones de su región nativa, el Cáucaso, y, posteriormente, a sus conocimientos sobre la Rusia popular más profunda. En cambio, el impacto que tuvieron en él la Segunda y la Tercera internacionales fue mínimo, cuando no inexistente. De ahí que sea lógico que él y su círculo más íntimo salieran de la guerra civil con un punto de vista sobre lo que había que hacer con Rusia muy diferente al de Lenin, Trotski, Kamenev y su grupo, tanto en la concepción del socialismo de unos y otros como en qué gobierno debía regir el país. Coexistieron, por lo tanto, en lo que se dio en llamar «bolchevismo» dos universos políticos y culturales diametralmente opuestos, una coexistencia que se prolongó mientras todos compartieron el mismo objetivo. En cuanto el régimen derrotó a los blancos, las dos líneas divergentes salieron a la superficie y chocaron entre sí: una tenía el propósito de dotar a Rusia de un Estado que defendiera los intereses de la mayoría de la población; la otra basaba su estrategia en el propio Estado, una postura con la que muchos, entre quienes también se encontraban los veteranos de la guerra civil, comulgaban.

En esa etapa no había más alternativa que la dictadura. Con la guerra civil, el término había dejado de designar inequívocamente una única realidad, pero este no es, ni mucho menos, el caso: los regíme-

nes dictatoriales pueden revestir mil y una formas, como sucede con cualquier otro régimen político, incluida la democracia, que a menudo fluctúa demasiado, y en ocasiones demasiado peligrosamente, entre sus variantes autoritaria, liberal y socialdemócrata. Con el regreso de la paz, y admitido que la tarea era construir un Estado en tiempos de paz, se plantearon dos modelos antagónicos, cuyas diferencias tenían que ver con la representación de Rusia, el tipo de Estado necesario para que el poder pudiera ocuparse del problema de las nacionalidades, la cooperación, el campesinado, la estructura del Partido, las estrategias de desarrollo y la transformación social que se deseaba conseguir. Y fue así como, en las filas de lo que supuestamente era un mismo partido, surgieron dos grupos políticos opuestos. Como es de esperar, el que resultó vencedor conservó durante un tiempo el viejo nombre. Pero ya sabemos cómo acabó... y a qué velocidad.

Comoquiera que Stalin mantuvo en secreto sus principales metas, otros líderes del Partido no pudieron desbaratar sus planes. Sin embargo, se dieron cuenta demasiado tarde de la trampa que se habían tendido a sí mismos. El propio Lenin estuvo fuera de juego durante un tiempo. Cuando acabó por descifrar con quién se las veía, ya no pudo poner remedio a la situación. La ascensión de Stalin se vio espoleada, en gran medida, por la gravedad de la enfermedad que afectó a Lenin a partir de 1920. El político, que se sometió a un largo tratamiento, acompañado o no de medicación, tuvo que abandonar la actividad política, sobre todo durante buena parte de 1922 y unos meses de 1923. No obstante, como ya hemos indicado, el problema iba más allá de «descifrar» la personalidad de Stalin, pues de él manaba toda una visión de la línea política que había que adoptar en el futuro y que, aunque implícita en su comportamiento político, aún no había sido formulada de una manera explícita. En esos años, durante el «último combate de Lenin», volvieron a plantearse de un modo muy claro dos programas alternativos, como lo prueba claramente, aunque no es el único documento que da fe de ello, el denominado «testamento». La postura de Stalin quedó al descubierto a la hora de presentar el proyecto sobre la forma constitucional que debía adoptar la URSS, debatido y aprobado en 1922-1923 bajo su mandato (había sido nombrado secretario general en 1922). En los documentos que versan sobre la construcción de la URSS encontramos el material más revelador acerca de los conflictos entre Lenin y Stalin, aun cuando la polémica no se detuvo ahí

y pasó del problema de las nacionalidades en el Estado soviético a otros ámbitos, hasta afectar prácticamente a todas las parcelas del sistema: ideología, los papeles respectivos del Estado y del Partido, la política económica y, sobre todo, la cuestión fundamental de las políticas agrarias.¹

El material que ha salido a la luz tras la perestroika nos permite apreciar no sólo el calado de las diferencias, sino también la enconada hostilidad personal que había surgido entre Lenin y la figura que él mismo había elegido para el cargo de secretario general, un puesto que, por aquel entonces, carecía de la importancia que acabaría cobrando. La hostilidad de Stalin hacia Lenin y la creciente irritación de Lenin para con Stalin, una distancia personal e ideológica que fue aumentando con el paso del tiempo y de la que tan sólo estaban al corriente algunos allegados, queda ejemplificada, o más bien se puede intuir, en una carta de Stalin a Lenin, escrita en el año 1921 y desconocida hasta la fecha.² La misiva, que hace referencia al aparato del Partido, a Krupskaya, la esposa de Lenin, y al Politburó, nos muestra de una manera poco habitual el funcionamiento de la mentalidad política de Stalin; del texto se desprende que los problemas nacen de una queja de Krupskaya a Lenin (mantenía a su marido enfermo al corriente de muchas cuestiones): Stalin había creado un gran departamento de agitación y propaganda dentro del Partido que «tiene toda la pinta de ser, de hecho, un nuevo comisariado», prácticamente con las mismas atribuciones y objetivos que el departamento de Educación Política que ella dirigía en el Comisariado de Educación, de manera que suponía una carga de profundidad contra éste. Después de una lectura atenta del memorando, Lenin lo trasladó a Stalin acompañado de sus observaciones, rogándole que se desentendiera de la *agitprop*. La respuesta de Stalin fue la típica de un *kinto*, palabra georgiana que designa a un chico de la calle, el apodo que Stalin había recibido en su juventud. Se comportó como un liante insolente y de poca monta, aprovechándose del hecho de que el estado de salud de su interlocutor no era el óptimo. Negó las cifras que Krupskaya había dado al respecto del número de funcionarios que había reclutado para el departamento, afirmó que le habían obligado a ponerse al frente del mismo y se negaba ahora a

1. No tenía posibilidad de estar al tanto de todo esto cuando escribí, en 1967, *Lenin's Last Struggle*.

2. Véase *Istoricheskii Archiv*, n. 2, 1994, pp. 220-223.

abandonarlo porque, como «explicó» a Lenin, al líder le interesaba que él se mantuviera al mando porque, de lo contrario, «Trotski concluirá que Lenin actúa de este modo por la influencia de Krupskaya». Stalin, en resumen, se negó a hincar la rodilla.

La artimaña empleada es evidente. No se trataba, por supuesto, de lo que diría Trotski. La carta era la manera que tenía Stalin de decirle a Lenin que sabía que la historia procedía de Krupskaya y de darle a entender que, en su pugna con el formidable Trotski, enfrentado a Lenin en aquella época a propósito de diversas cuestiones, este último, debilitado por la enfermedad, no tendría de su lado a la mayoría del Politburó a menos que contara con la ayuda de Stalin.

No fue esta la única refriega más o menos abierta que se produjo en 1921. Con el propósito de contener la respuesta de Lenin, Stalin jugó la carta de Trotski en un período dominado por una disputa de lo más estéril entre una minoría trotskista y la mayoría leninista en el Politburó sobre el papel de los sindicatos. Trotski, que ese mismo año había sufrido un revés al proponer un cambio de rumbo en la forma que debía revestir un sistema semejante a la NPE, no veía más alternativa para enderezar la ruinoso situación económica que insistir en unos métodos cuasimilitares para movilizar a la mano de obra. Lenin, por su parte, no contemplaba aún la posibilidad de cambiar la política económica, y quería conceder una mayor autonomía a los sindicatos, organizaciones con implantación entre la clase obrera. Ambos bandos hicieron y deshicieron para lograr el apoyo de la mayoría de los delegados con vistas al XI Congreso del Partido. Como narra Mikoyan en su autobiografía *Tak Bylo* («Así sucedió»), aunque Lenin participó en algunas de las reuniones organizadas para perfeccionar la estrategia para contrarrestar el avance de Trotski, fue Stalin quien condujo toda la operación.

Stalin consideraba que ir del brazo de Lenin contra Trotski, su bestia negra, era la mejor manera de manipularlo, el mismo fin que lo guió en el «asunto Krupskaya». No obstante, es posible que estas maquinaciones, y el rencor que Stalin sentía por Lenin, fueran anteriores, de los tiempos de la guerra civil, si bien habían pasado inadvertidas dada la necesidad de las acciones militares y porque el principal objetivo de las intrigas de Stalin por aquel entonces era Trotski. La falta total de respeto de Stalin hacia Lenin, que acabaría tornándose en odio, fue una consecuencia indirecta —y quiero insistir en este aspecto— de su rencor obsesivo hacia Trotski,

un obstáculo en la imagen que Stalin tenía de sí mismo como gran estratega militar y estadista. Objeto de muchos epítetos despectivos (y, a menudo, impublicables) que le dedicaron Stalin y sus seguidores, Trotski fue el creador del Ejército Rojo, comisario del pueblo para la guerra y colider de la revolución de 1917; nada que ver con la imagen que de él propagaba Stalin. Pero lo que más enojaba a Stalin era que el nombre de Trotski estuviera vinculado al de Lenin, algo de lo que este último jamás renegó en público. Las intrigas constantes y el hostigamiento a que Stalin y sus acólitos sometieron a Lenin con el propósito que despojar a Trotski de su cargo militar y expulsarlo de la cúpula dirigente sin más, una historia con la que están plenamente familiarizados los biógrafos de Lenin y Stalin, dan fe de esta interpretación de la actitud de Stalin.

Salvo por algunos momentos de duda, este «asedio» a Lenin no salió adelante. Lenin tenía confianza en Trotski y en su prestigio, había colaborado estrechamente con él, y no sólo en asuntos militares, y mantenía un contacto diario y sincero con la mano derecha de Trotski en el Consejo Revolucionario Militar y en el Comisariado de Defensa, Yefraim Sklianski, un personaje que hizo el papel de intermediario de confianza entre ambos hombres. Diversos documentos de los años de la guerra civil revelan la enorme importancia de este último en la actividad cotidiana de la cúpula. Con todo, poco se sabe de él, o de las circunstancias que rodearon su fallecimiento, ahogado mientras navegaba por un río en 1925.

Esta estrecha red de relaciones iba a alimentar la profunda hostilidad que Stalin sentía por Lenin, pero no emergió hasta los últimos días de la vida del segundo, cuando Stalin ya había asumido casi por completo el mando. Una ofensiva frontal contra un Lenin sano no se habría correspondido con el carácter calculador y cauto de Stalin, pero las cosas cambiaron con la enfermedad de Lenin, de cuyos detalles Stalin estaba plenamente al corriente. Como secretario general, recibió el encargo del Comité Central de supervisar el tratamiento médico de Lenin, lo que le permitió espiar abiertamente al enfermo. Es posible que Fotieva, la secretaria de Lenin, informara a Stalin de cualquier documento que su superior le dictaba, a pesar de que había órdenes para que permanecieran en secreto. No cuesta imaginar la reacción de Stalin cuando supo que Lenin quería destituirlo de su cargo y, tal vez, acabar asimismo con su carrera política. Si Fotieva no se lo había comunicado ya a Stalin, éste lo supo al mismo tiempo que el Politburó, a partir del

texto que Lenin les trasladó en vísperas del XII Congreso del Partido. Lenin solicitaba la destitución de Stalin y explicaba los motivos. Sin embargo, fue entonces cuando Lenin quedó totalmente incapacitado y ya no se le pudo consultar nada más. Sólo el Politburó conocía la petición de Lenin; no fue hasta treinta y tres años más tarde cuando Jrushchov dio a conocer el texto al pueblo soviético.

El debate sobre el papel de las nacionalidades en la incipiente URSS, que se desarrolló en los escaños y en los pasillos de los centros de poder, permiten hacerse una idea de la profundidad de los desacuerdos acerca del modelo que debía adoptar el futuro Estado. Estas diferencias de opinión provocaron la reacción rotunda de Lenin que, a pesar de estar gravemente enfermo, logró formular, sorprendentemente, sus propias ideas con una claridad meridiana.

La concepción que Stalin tenía del futuro Estado soviético derivaba en gran medida de su experiencia inmediatamente posterior a la revolución, cuando estuvo al frente de las nacionalidades. Su primer cargo en el gobierno después de 1917 fue el de comisario de las Nacionalidades, y el primer libro que publicó, escrito antes de la revolución a petición de Lenin y con la ayuda editorial de Bujarin, se ocupaba de la «cuestión nacional». Posiblemente a raíz de reflexionar sobre unos problemas tan complicados y conflictivos se convenció de que las diferentes nacionalidades, difíciles de controlar y hostiles, podían echar por la borda en cualquier momento el trabajo del gobierno central.

La última declaración de Lenin a este respecto fue un manifiesto con el análisis más rotundo y claro publicado con posterioridad a la guerra civil. Para Lenin, Stalin deseaba dar una cierta «autonomía» a las nacionalidades no rusas, es decir, que se integrarían en Rusia —o, como se llamaba por aquel entonces, en la Federación Rusa (RSFSR)— o, en otras palabras, que se convertirían en unidades administrativas subordinadas a Rusia. El debate acerca de este proyecto, así como sobre otras propuestas referidas a la forma que debía adoptar el futuro Estado, fue acalorado, y en su epicentro estuvieron, precisamente, las diferencias de opinión entre Lenin y Stalin a este respecto, unas diferencias que tendrían unas consecuencias nada desdeñables para el futuro del sistema. Precisamente por eso se trata de una historia digna de ser contada.